

alrededor de la proa, la blandura del viento, los perfumes que de lejos traían las olas, que parecían brotar entre sus espumas, la refulgente brillantez de las constelaciones, todo concurría en aquel hemisferio á dar tranquilidad á los sentidos y convencimiento al ánimo. Respiraban los presagios del mundo invisible aún, y recordaban los días resplandecientes, los astros queridos y luminosas noches de primavera en Andalucía.

Segun escribió Colon, «solamente faltaba el ruiseñor.»

XXIX.

También el mar comenzaba á ofrecer presagios, flotando frecuentemente sobre las olas plantas desconocidas. Algunas—dicen los historiadores del primer viaje de Colon—eran plantas marinas que solamente crecen en los bajos próximos á tierra; eran otras, plantas saxilarias que arrancan las olas á las rocas; otras fluviales; no faltando algunas que, recientemente desarraigadas, conservaban el fresco color que da la savia, trayendo una un cangrejo vivo, navegante embarcado en un tallo de hierba. Aquellas, plantas y aquellos seres vivos no hubieran podido resistir muchos días en el mar sin marchitarse ó morir. Atravesó el espacio un pájaro de los que nunca posan en las olas, ni duermen jamás sobre el agua: de dónde venía? ¿á dónde iba? ¿podía estar lejano el punto de su descanso? Más adelante el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicio de desiguales fondos; en unos parajes parecía inmensas praderas marinas, cuyas hierbas separaba la proa y dejaban por algun espacio abierta la estela; por tar-

ge y mañana, lejanas nieblas, como las que suelen cubrir las cimas elevadas del globo, presentaban en el horizonte formas de playas y montañas. A punto de brotar estaba de todos los labios el grito de tierra, y Colon procuraba no confirmar ni desvanecer tampoco esperanzas que servían á sus propósitos reanimando á sus compañeros; pero no se creía á más de trescientas leguas de Tenerife, y, segun sus conjeturas, no encontraría la tierra que buscaba hasta setecientas ú ochocientas leguas mas alla.

XXX.

No contando entre sus compañeros con amigos de corazón bastante esforzado para igualarle en constancia, así como tampoco bastante seguros para guardar la confidencia de sus temores secretos, el almirante ocultaba á todos sus conjeturas; no teniendo, durante aquella larga travesía otro interlocutor que su propio pensamiento, ni más conversacion que con los astros y con Dios, por quien se sentía apoyado. Casi sin dormir, como dijo en su proclama de despedida al viejo mundo, pasaba los días en su camarote de popa, anotando en caracteres que solamente comprendía él, las latitudes, los espacios que creía haber atravesado, y pasaba las noches sobre cubierta, con los pilotos, estudiando los astros y observando el mar. Casi siempre solo, como Moisés al guiar al pueblo de Dios por el desierto, inspiraba á sus compañeros, con su gravedad meditabunda, respeto unas veces, desconfianza otras, y hasta terror que le alejaban de él; aislamiento y distancia que casi siempre se observa alrededor de los hombres superiores en ideas y resoluciones á

sus semejantes, ora sea porque los genios inspirados necesiten más soledad y recogimiento para conversar consigo mismos, ora porque los hombres inferiores á quienes intimidan no gusten de acercárseles por temor á medirse con tan elevados espíritus y á sentir la propia pequeñez ante esas grandes obras de la creación.

XXXI.

No obstante los indicios, la tierra no aparecía sino en las ilusiones de los marineros, disipando el sol de la mañana ante la proa de los barcos los fantásticos horizontes que la bruma de la tarde les había hecho tomar por costas, y seguían, por consiguiente, penetrando en aquel abismo sin orillas y sin fondo. La misma regularidad y constancia del viento del Este que les impulsaba sin que necesitasen orientar ni una sola vez las velas en tantos días, era para ellos causa de perturbación de espíritu; llegando á creer que aquel viento reinaba eternamente en aquella región del grande Océano, cinturón del globo, y que despues de hacerles bajar con tanta facilidad hácia el Oeste, sería obstáculo insuperable para el regreso. ¿Cómo habían de conseguir nunca vencer aquella corriente de vientos contrarios, sino bolineando sin cesar? Y si necesitaban bolinear en bordadas sin fin para encontrar las costas del viejo mundo, ¿cómo habían de bastar á tan largos meses de navegación las medioconsumidas provisiones de agua y víveres? ¿Quién les preservaría de morir de hambre y sed en la obstinada lucha con aquellos vientos que les rechazarían de los puertos? Muchos empezaban á contar los días, encontrando el nú-

mero de raciones muy inferior, y murmuraban de la obstinación engañada siempre del jefe, y se arrepentían en voz baja de perseverar en una obediencia que sacrificaba la vida de ciento veinte hombres á la demencia de uno solo.

Pero siempre que el murmullo iba á crecer hasta la sedición, enviábales la Providencia presagios tan convincentes como inesperados para trocarlos en esperanzas. Así pues, el 20 de Setiembre, aquellos vientos favorables, pero alarmantes por su constancia, variaron, pasando al Sudoeste. Los marineros saludaron aquel cambio, aunque contrario á su derrotero, como señal de vida y de movilidad en los elementos, que les hacía reconocer la palpación del aire en las velas. Por la tarde revoletearon piando alrededor de los palos algunos pajarillos de las especies más débiles, de los que anidan en arbustos y en los jardines de las casas. Sus débiles alas y alegres cantos no indicaban ni el más pequeño cansancio ni el temor más leve, cosas que se observan en el vuelo de las aves á quienes las rachas llevan, á pesar suyo, mar adentro. Semejantes sus cantos á los que los marineros oían en los mirtos y naranjos de Andalucía, les recordaban la patria y les auguraban vecinas costas, reconociendo en ellos pájaros que habitan siempre el techo del hombre. Más verdes y más espesas las hierbas en la superficie de las aguas, imitaban praderas y campos ántes de la madurez de las mieses. Oculta bajo el agua la vegetación, aparecía ántes que la tierra, agradando á los ojos de aquellos hombres cansados del eterno azul de las olas; pero llegaron muy pronto á ser tan espesas, que temieron se enredasen en ellas los timones y quillas, quedando aprisionados en aquellas algas, como los buques del mar del Norte en los hie-

los. De esta manera cada alegría se trocaba en seguida en lágrimas; ¡tanto aterra lo desconocido al corazón del hombre! Beseando Colón su camino á través de aquellos misterios del Océano, velase obligado á manifestar que comprendía aquello que le asombraba como á los demás, teniendo que inventar explicación para todo lo que asustaba á sus marineros.

XXXII.

Consternáronle las calmas del ecuador. Si en aquellos parejes moría todo, hasta el viento, ¿quién hincharía las velas y movería los barcos? Repentinamente alzóse el mar sin viento, creyendo todos existían convulsiones subterráneas en su lecho. Vióse dormida sobre las olas una ballena inmensa, y creyeron en monstruos que devoraban las naves. La ondulación de las olas les llevaba á corrientes que no podían vencer por la falta de viento, y se figuraron que se acercaban á las cataratas del mar y que corrían á precipitarse en los abismos donde el diluvio acumuló sus mundos de agua. Sombrios é irritados, agrupábanse los marineros alrededor de los palos, comunicándose en alta voz sus temores, hablando de obligar á los pilotos á virar de bordo y de arrojar al almirante al mar por insensato que no dejaba á sus compañeros más elección que entre el suicidio y el asesinato. Colón, á quien las miradas y los murmullos revelaban estas tramas, las contenta con su actitud ó las desconcertaba con su confianza.

La naturaleza acudió en socorro suyo, haciendo soplar otra vez los frescos vientos del Este y calmando el mar bajo las proas. Antes de terminar e

dia, Alonso Pinzón, que mandaba la *Pinta*, y que navegaba bastante cerca del almirante para poder conversar con él bordo á bordo, lanzó desde lo alto de la popa el primer grito de ¡*Tierral*! Todas las tripulaciones repitiendo aquel grito de salvación, de vida y de triunfo, cayeron de rodillas sobre las cubiertas y entonaron el himno ¡*Gloria á Dios en los cielos y en la tierra!* Este cántico religioso, primer himno que subía al Criador desde el seno de aquel joven Océano, resonó lentamente sobre las olas. Cuando terminó, todos subieron á los palos, á las gavias, á las jarcias más altas de los barcos para tomar posesión con los propios ojos de la costa que había entrevisto Pinzón al Sudoeste. Solamente Colón dudaba, pero deseaba demasiado creer, para ser el único que contradijese el delirio de las tripulaciones; y aunque buscaba su tierra al Oeste, permitió gobernar al Sur durante toda la noche, prefiriendo retrasar algo en su camino á perder la popularidad pasajera debida á una ilusión que demasiado pronto disipó la salida del sol. Con la bruma de la noche había desaparecido la imaginaria tierra de Pinzón, y el almirante emprendió de nuevo su meditado rumbo hacia el Oeste.

XXXIII.

El Océano había recobrado la tranquilidad, y el sol, despejado, sin el menor celaje, reflejaba en él como en otro cielo. Blandas olas acariciaban las proas con ligeras espumas; más numerosos que ántes los delfines, saltaban en la estela; todo el mar parecía habitado; volaban peces, que saltaban y caían en los barcos, pareciendo que la naturaleza se

concertaba con Colon para mantener razonable esperanza en los marineros que olvidaban los días. El 1.º de Octubre creían no haberse alejado más de seiscientas leguas de las aguas frecuentadas por los navegantes; pero el almirante tenía anotadas en su libro secreto de estima más de ochocientas. Multiplicábanse en derredor todas las señales de tierra, y no aparecía tierra alguna en el horizonte. Apoderóse el terror de los marineros, y el mismo Colon, bajo su aparente tranquilidad, tuvo momentos de duda, temiendo haber pasado sin notarlo entre las islas de un archipiélago, dejando á su espalda la extremidad de Asia que buscaba, y haber penetrado ahora en otro Océano.

La *Niña*, que era la carabela más ligera y navegaba á vanguardia, izó por fin el 7 de Octubre la bandera de descubrimiento, y disparó un cañonazo para anunciar tierra á las otras dos naves, que al acercarse, reconocieron que una nube había engañado á la *Niña*. Arrebatando el aire aquella nube, llevóse la momentánea alegría, dejando en su lugar consternacion. Nada cansa tanto el corazón del hombre como las alternativas de falsas alegrías y amargas decepciones. Estos son los sarcasmos de la fortuna. Todos los rostros manifestaron en seguida enojo contra Colon, á quien imputaban las tripulaciones, no solamente sus fatigas y divisiones, sino su vida sacrificada sin esperanza. Iban á faltar el pan y el agua.

Desconcertado el almirante por la inmensidad de aquel espacio cuyos límites había creído tocar al fin, abandonó su rumbo ideal, trazado en el mapa, y durante dos días y dos noches siguió el vuelo de las aves, pilotos celestiales que la Providencia le mandaba cuando flaqueaba en él la ciencia humana. E.

instinto de esas aves, se decía, no las dirigiría al mismo punto del horizonte si allí no existiese *costa*. Pero los marineros creían que hasta las mismas aves estaban de acuerdo con los desiertos del Océano y con los engañadores astros para burlarse de las naves y de sus vidas. Al terminar el tercer día, subidos los pilotos en los obenques á la hora en que, declinando el sol, descubre mejor el horizonte, le vieron sumergirse en las mismas olas, de las que en vano se levantaba tantas auroras ya. Entonces creyeron que las aguas eran infinitas, y la desesperacion que les dominaba se trocó en furor. ¿Qué consideracion podían guardar ya á un jefe que había engañado á la corte, y cuyos títulos y autoridad sorprendidos á la confianza de los Soberanos iban á desaparecer con sus ilusiones? ¿Seguirlo más lejos no era asociarse á su crimen? ¿No terminaba la obediencia allí donde terminaba el mundo? ¿Quedaba otra esperanza, si es que quedaba esta, que volver las proas hácia Europa, y luchar bolineando contra los vientos, cómplices del almirante, atando á un palo al almirante mismo, para que le maldijesen los moribundos, si llegaba el caso de morir, ó para entregarlo á la venganza de España, si el cielo les permitía ver alguna vez sus puertos?

Estos murmullos se habían convertido en clamores; pero el intrépido almirante los contuvo con la impasibilidad de su rostro, invocando contra los sediciosos la autoridad, sagrada siempre para los súbditos, con que le habían investido los Soberanos; invocando también al cielo, juez en aquellos momentos entre ellos y él. Mantúvose enérgico y ofreció su vida como garantía de sus promesas, pidiendo solamente, con acento de profeta que ve lo que el vulgo no puede ver, que aplazasen por tres días

su incredulidad y su resolución de regresar; jurando (juramento temerario, pero político) que si en el curso del tercer sol no se veía tierra en el horizonte, cedería á sus instancias y les volvería á Europa. Tan visibles eran á los ojos del almirante las señales reveladoras de la proximidad de islas ó continentes, que al mendigar aquellos tres días á sus tripulaciones sublevadas, creíase seguro de llevarlas á su destino. Tentaba á Dios fijando término á su revelación, pero tenía que pactar con hombres. A pesar suyo concedieron las tripulaciones aquellos tres días, y Dios, que le inspiraba, no le castigó por haber confiado temerariamente en él.

XXXIV.

Al amanecer el segundo día, aparecieron alrededor de las naves juncos recientemente arrancados, y sucesivamente flotaron en las aguas una tabla trabajada con hacha, un bastón artísticamente cincelado por medio de un instrumento cortante, un tallo de oxiacanto en flor, y últimamente un nido de pájaro, lleno de huevos que la madre incubaba aún, suspendido de una rama arrancada por el viento. Los marineros recogieron aquellos testigos escritos, parlantes y vivos de próxima tierra, siendo to los ellos vez de las playas que confirmaba la de Colon. Antes de contemplar la tierra con los ojos del cuerpo, contemplábanla en aquellos indicios de vida, y los sediciosos cayeron de rodillas á los pies del almirante ultrajado la víspera, implorando perdón por su desconfianza, y entonaron himnos de gratitud á Dios que los había asociado á su triunfo.

Cerró la noche entre aquellos cánticos de la Igle-

sia que saludaban á un nuevo mundo. El almirante mandó cargar las velas, sondar delante de los barcos y navegar con precaución, por temor de encontrar bajos y escollos, convencido de que, á los primeros resplandores del día, descubrirían tierra ante las proas de sus naves. Nadie durmió en aquella noche suprema, porque la impaciencia del espíritu había arrebatado el sueño á los ojos; marineros y pilotos, subidos á los palos, á las vergas y á los obenques, rivalizaban en puesto y atención para dirigir la primer mirada hácia aquel nuevo hemisferio. El almirante había ofrecido un premio al primero que lanzase el grito de ¡Tierra! si, reconocida la tierra, confirmaba el descubrimiento. Pero la Providencia le reservaba á él mismo esta primer mirada que había merecido con veinte años de su vida, con tanta constancia y peligros. Cuando paseaba solo, á media noche, en la toldilla de su carabela, sumergiendo su penetrante mirada en las tinieblas, luz de fuego pasó, extinguióse y volvió á pasar ante sus ojos al nivel de las olas. Temiendo le engañase una alucinación ó alguna fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un caballero español de la corte de doña Isabel, apellidado Gutierrez, en quien confiaba más que en los pilotos. Indicóle con la mano el punto del horizonte donde había entrevisto el fuego, y le preguntó si veía luz hácia aquel lado. Gutierrez contestó que en efecto veía brillar fugitiva luz en aquella dirección. Para confirmarse más y más Colon en su convencimiento, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, otro confidente suyo, no vacilando Sanchez, como no había vacilado Gutierrez, en asegurar la existencia de una luz en el horizonte. Pero aquella luz desaparecía en cuanto había aparecido, para aparecer de nuevo por alternativa emersión del Océano,

bien porque fuese alguna hoguera encendida en una playa baja, descubierta y oculta alternativamente por el ondulante horizonte de grandes olas, bien porque fuese fanal flotante de una canoa de pescadores que se alzara y bajara con el movimiento del mar. De esta manera aparecieron á Colon y sus dos confidentes la tierra y la vida en forma de luz en la noche del 11 al 12 de Octubre de 1492. El almirante recomendó silencio á Rodrigo y á Gutierrez, y guardó para sí su vision, temiendo comunicar á las tripulaciones otra falsa alegría y despues amarga decepcion. Perdida de vista la luz, veló hasta las dos de la madrugada, orando, esperando y desesperando entre el triunfo y el regreso que iba á decidir la mañana siguiente.

XXXV.

Sumido estaba en la angustia que precede á las grandes apariciones de verdades, como la agonía precede á la gran liberacion del alma por la muerte, cuando á pocos centenares de brazas delante de él, resonó sobre el Océano un cañonazo, estallando en su oido como el ruido de un mundo, estremeciéndole y haciéndole caer de rodillas sobre la popa. Aquel era el grito de *¡Tierra!* lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á vanguardia para señalar el rumbo y sondear el mar. Aquel ruido provocó un grito general de *¡Tierra!* en todas las vergas y jarcias de las naves, y en el acto aferraron las velas y esperaron la aurora. El misterio del Océano habia dicho su primera palabra en el seno de la noche, y el dia iba á descubrirle por entero ante todas las miradas. Suaves y desconocidos

perfumes llegaban en ráfagas hasta las naves con las sombras de una costa, el ruido de olas rompiendo en arrecifes y el viento de tierra. El fuego que Colon habia visto revelaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilizacion. Jamás pareció tan lenta una noche en despejar el horizonte, porque aquel horizonte era para Colon y sus compañeros segunda creacion de Dios.

XXXVI

Al extenderse el crepúsculo por el horizonte, hizo brotar poco á poco los contornos de una isla del seno de las aguas. Perdíanse sus dos extremos en las brumas de la mañana, alzándose el centro de la costa en anfiteatro hasta la cumbre de montañas cuyo oscuro verdor contrastaba con el límpido azul del cielo, y á pocos pasos de la espuma de las olas, que morian en playa de amarilla arena, extendíanse bosques de majestuosos é innominados árboles, formando escalones en los sucesivos niveles de la isla. Verdes ensenadas y luminosos claros dejaban penetrar á medias la mirada en aquellos misterios de la soledad. Entreveíanse habitaciones diseminadas, parecidas á colmenas de hombres, por su forma redonda y techos de hojas secas. Aquí y allá alzábanse humaredas sobre los bosques, y entre los troncos de los árboles más cercanos á la playa presentábanse grupos de hombres, mujeres y niños semidesnudos, con más asombro que terror, avanzando tímidamente, retirándose en seguida y manifestando con inocentes gestos tanto temor como

curiosidad y admiracion ante aquellos barcos y aquellos extranjeros que la noche habia sacado de las aguas.

XXXVII.

Despues de contemplar silenciosamente Colon aquella primera costa avanzada de la tierra tan frecuentemente construida en sus cálculos y tan brillantemente coloreada en su imaginacion, la encontró superior á sus esperanzas. Ardía en deseos de ser el primero en hollar con planta europea aquella arena y enarbolar con la insignia de la cruz y la bandera de España el estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos por su genio. Pero contuvo en sí mismo y en las tripulaciones la impaciencia por abordar á la playa, queriendo dar á aquella toma de posesion de un nuevo mundo la solemnidad del acto más grande tal vez que realizó jamás un navegante, y, á falta de hombres, invocaron á Dios y á los ángeles, la mar, la tierra y el cielo como testigos de su conquista sobre lo desconocido. Revistióse con todos los distintivos de su autoridad de almirante del Océano y virey de futuros reinos, desplegó su manto de púrpura, y empuñando con la diestra mano el estandarte bordado con la cruz y las cifras de D. Fernando y doña Isabel, enlazadas como sus reinos y cobijadas por la corona, bajó á su chalupa y avanzó, seguido por las de los dos Pinzon, hácia la playa. Al saltar en tierra, arrodillóse para consagrar con un acto de humildad y adoracion el don y la grandeza de Dios en aquella parte de sus obras: besó la arena, y con el rostro en tierra lloró. Lágrimas de

doble sentido y de doble augurio, que por primera vez mojaban la arcilla de aquel hemisferio que visitaban hombres de la vieja Europa; lágrimas de alegría para Colon, que desbordaban de su corazón noble, agradecido y piadoso; lágrimas de luto para aquella tierra virgen, que parecian presagiarle las calamidades, las devastaciones, el fuego y el hierro, la sangre y la muerte que le traian aquellos extranjeros con su orgullo, su ciencia y su dominacion. ¡El hombre derramaba lágrimas, y era la tierra la que debía llorar!

XXXVIII.

«¡Dios eterno y todopoderoso,—exclamó Colon levantando su frente del polvo, pronunciando una oracion latina que conservaron sus compañeros;—Dios que por la fuerza de tu palabra creadora sacaste de la nada el firmamento, el mar y la tierra, bendito y glorificado sea en todas partes tu nombre! ¡exaltadas sean por los siglos de los siglos tu majestad y soberania universal, porque has permitido que, por medio del más humilde de tus esclavos, tu sagrado nombre se conozca y extienda en esta mitad de tu imperio oculta hasta ahora!»

En seguida dió á aquella isla el nombre de Cristo, llamándola San Salvador.

Sus tenientes, sus pilotos y marineros, ebrios de alegría y dominados por sobrehumano respeto hácia aquel que habia visto por ellos más allá del horizonte visible, y al que la víspera ultrajaban con su desconfianza, vencidos por la evidencia y anonadados por esa superioridad que prosterna al hombre, cayeron á los piés del almirante, reconociendo

en aquel instante la soberanía y casi divinidad del genio; víctimas ayer de su obstinación, compañeros hoy de su constancia y participando del esplendor de la gloria de que acababan de blasfemar. ¡Así es la humanidad; persigue á los iniciadores y hereda sus glorias!

XXXIX.

Durante la ceremonia de la toma de posesión, se habian acercado poco á poco los habitantes de la isla, retenidos primeramente á distancia por el terror y atraídos despues por esa curiosidad instintiva que es el primer lazo que une á los hombres. Interrogábanse entre ellos sobre el maravilloso espectáculo de aquella noche y aquella aurora. Aquellas naves, moviendo sus velas, sus antenas y sus vergas como inmensos miembros, desplegándose y replegándose á impulsos de un pensamiento interior, les habian parecido seres animados y sobrenaturales descendidos durante la noche del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte, alados habitantes del cielo que se posaban en las playas de que eran dioses. Sintiendo profundo respeto á la vista de las chalupas que abordaban á su isla y de hombres vestidos con brillantes trajes y con armas que reflejaban la luz, habian concluido por acercarse como fascinados por su omnipotencia, adorándoles é implorándoles con la inocencia de niños que no suponen el mal bajo la brillantez. Examinándoles á su vez los españoles, les asombraba no encontrar en aquellos insulares ninguno de los caracteres físicos de conformacion y color de las razas africanas, asiáticas ni europeas que frecuentemente habian

visto. Tenian la tez cobriza, laxa y ondulante la cabellera, cayéndoles sobre los hombros, ojos oscuros como su mar, facciones delicadas y femeninas, rostro franco y confiado; y últimamente su desnudez, y los dibujos de varios colores con que adornaban sus miembros, revelaban una raza enteramente distinta de las familias humanas extendidas por el antiguo hemisferio, raza que conservaba aún la sencillez y dulzura de la infancia, olvidada por tantos siglos en aquel ignorado rincon del mundo, y que, á fuerza de ignorancia, conservaba la ingenuidad y el candor de los primeros dias.

Persuadido Colon de que aquella isla era un apéndice avanzado en el Océano de las Indias, hacia las que continuaba creyendo que navegaba, dió á los habitantes el nombre imaginario de indios, que conservaron hasta su extincion, sobreviviendo el error de lenguaje al error del navegante.

XL.

Familiarizándose en seguida los indios con los extranjeros, les enseñaron sus manantiales, sus chozas, sus aldeas, sus canoas; trajéronles frutos de los que les servian de alimento, su pan de cazabe (1), con el que renovaron sus víveres los españoles, y algunos adornos de oro puro que llevaban en las orejas y en las narices, y las mujeres en el cuello y en las piernas, á guisa de collares y ajorcas. Erales desconocido el comercio y el uso de la moneda, suplemento venal, pero necesario á la vir-

(1) Propátese este pan con harina de raíz de yuca; á esta harina se da en Europea el nombre de tapioca.

tud de la hospitalidad; en cambio, recibían un transporte de alegría hasta los objetos más baladles de los europeos, adquiriendo cada cosa inmenso valor á sus ojos por la novedad. Raro y precioso son sinónimos en todo el universo. Como los españoles buscaban el país del oro y de las piedras preciosas, informáronse por signos de los parajes de donde adquirirían este metal, señalándoles los indios el Mediodía. El almirante y sus compañeros creyeron comprender que hácia aquel punto existía una isla ó continente de las Indias que correspondía por su riqueza y sus artes á los maravillosos relatos del veneciano Marco Paolo. En su opinion, aquella tierra, de la que se encontraban muy cercanos, era la isla fabulosa de Cipangú ó del Japon, cuyo soberano hollaba con sus plantas pavimentos formados con placas de oro. La impaciencia por marchar hácia aquel término de su quimera ó de su avidez, les hizo embarcarse prontamente, habiendo hecho aguada en los frescos arroyos de la isla y teniendo cargados los barcos de frutos, raíces y cazabes regalados por aquellos pobres y felices indios, llevándose tambien uno de éstos para que aprendiese su idioma y en seguida les sirviese de intérprete.

XLI.

Al doblar la isla de San Salvador encontráronse como perdidos en los canales de un archipiélago formado por más de cien islas desiguales, pero ostentando todas el mismo exuberante aspecto de juventud, feracidad y vegetacion. Habiendo abordado á la más grande y poblada, rodeáronles canoas labradas en una sola pieza de troncos vaciados, y

comerciaron con los indígenas dándoles botones y cascabeles á cambio de oro y de perlas. La navegacion y recaladas en aquel laberinto de islas desconocidas no fué para ellos otra cosa que repeticion de la arribada á San Salvador; recibiendo en todas partes con igual curiosidad inofensiva. Maravillábalos el clima, las flores, los perfumes, los colores y el plumaje de desconocidas aves que cada oasis de aquellos ostentaba ante sus sentidos; pero dominando la mente de todos un solo deseo, el descubrimiento del país del oro, que suponían al extremo del Asia, mostrábase ménos sensibles á los tesoros naturales y les impedía sospechar la existencia del inmenso y nuevo continente del que aquellas islas eran avanzados centinelas en el Océano. Guiándose por los signos y miradas de los indios que le indicaban una region más espléndida que su archipiélago, hizo rumbo Colon hácia las costas de Cuba, á las que abordó en tres dias de tranquila navegacion, sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que servian de señales á su derrotero.

Cuba con sus costas escalonadas y prolongándose sin límites, unidas á montañas que rasgaban las nubes, con sus ensenadas, sus desembocaduras de rios, sus golfos, sus radas, sus bosques y sus aldeas, recordó al almirante la antigua Sicilia, pero con rasgos mucho más majestuosos. Incierto quedó sobre si era isla ó continente, y fondeando en el umbroso lecho de inmenso rio, saltó á tierra, recorrió la costa, los bosques, los jardines de naranjos y palmeras, las aldeas y chozas de los habitantes, en las que no encontró sér viviente porque al verle acercarse las habian abandonado los indígenas. Embarcóse y remontó con las naves el rio á

cuyas aguas daban sombra palmeras de anchas hojas y árboles gigantes cubiertos de flores y de frutos. Parecía que la naturaleza había cuidado de prodigar á aquellos indígenas elementos de vida y de felicidad sin trabajo, recordando todo el Edem de los sagrados libros y de los poemas. Animales inofensivos, aves de plumaje azul y escarlata, cotorras, colibrís, volaban, piaban, cantaban formando nubes de mil colores de rama en rama; luminosos insectos brillaban en el aire; templado el sol por la brisa de las montañas, por la sombra de los árboles y la frescura de los arroyos, fecundaba sin agostar; la luna y las estrellas reflejaban en el río con suaves resplandores que disipaban los terrores nocturnos, exaltando dulce embriaguez el alma y los sentidos de Colon y de sus compañeros. Ciertamente era aquella tierra más virgen y más maternal á la vez que la vieja tierra de donde habían venido

«Esta es la isla más bella—escribió Colon en sus notas—que contempló jamás la vista del hombre. Deseárase vivir siempre en ella, porque aquí no se conciben el dolor ni la muerte.»

Persuadiéronle más y más de que Cuba era una prolongacion del Asia, el olor de especias que llegaba á las naves desde el interior, y el hallazgo de las almejas que producen las perlas; imaginando que detras de las montañas de aquella isla ó de aquel continente, porque ignoraba aún si Cuba era ó no tierra firme, encontraría los imperios, la civilizacion y minas de oro con que viajeros entusiastas dotaban á Cathay y al Japon. No pudiendo comunicar con los indígenas, que huían de la costa al acercarse los españoles, mandó dos compañeros, de los que uno hablaba hebreo y el otro árabe, en busca de las fabulosas capitales donde suponía la

residencia del soberano de Cathay. Los embajadores iban cargados de regalos para los indígenas, y llevaban órden de no cambiarlos sino por oro, cuya inagotable fuente suponía en el interior de aquella tierra.

Los emisarios regresaron á las naves sin haber encontrado otra capital que chozas de salvajes y una naturaleza prodigiosamente rica en vegetacion, perfumes, flores y frutos. A fuerza de regalos, habían conseguido se familiarizasen con ellos algunos indígenas y los traían al almirante. El tabaco, planta ligeramente narcótica, cuyas hojas retorcian los indígenas prendiéndolas fuego por un extremo para aspirar el humo; la patata, raíz harinosa que convertían en pan asándola sobre ceniza; maíz; algodón, que hilaban las mujeres; naranjas, limones y muchos innominados frutos de jardín, eran los únicos tesoros que habían encontrado alrededor de las chozas diseminadas por grupos en los claros de los bosques.

Desconcertado en sus sueños de oro, y bajo la fe de indígenas mal comprendidos, el almirante abandonó pesaroso aquella mansion encantada para dirigirse al Este, donde continuaba colocando su fabulosa Asia; embarcando con él algunos hombres y mujeres de Cuba, más atrevidos y confiados que los demas, para que le sirviesen de intérpretes en las tierras inmediatas que se proponía visitar, para convertirlos á la fe y ofrecer á doña Isabel aquellas almas rescatadas por su generosa empresa.

Persuadido de que Cuba, cuyos límites no había visto, formaba parte de la tierra firme de Asia, navegó durante algunos días á poca distancia del verdadero continente americano sin verlo, ocultándole su obstinada ilusion aquella realidad tan próxima á

su proa. Pero la envidia, que había de emponzoñar su vida, había nacido en el alma de sus compañeros el día mismo en que sus descubrimientos coronaron el pensamiento de toda su existencia. Américo Vesputio, oscuro florentino, embarcado en una de sus naves, había de dar su nombre á aquel mundo á que Colon solamente le había guiado. Vesputio no debió esta fortuna de su nombre sino á la casualidad y á los subsecuentes viajes que hizo con Colon á aquellos parajes. Teniente subalterno y afecto á Colon, nunca trató de arrebatárle su gloria; pero el capricho de la fortuna se la dió, y la rutina se la conservó, sin que nunca tratase él de engañar la opinión de Europa; quedando desheredado el nombre del jefe del honor de designar un mundo, y prevaleciendo el del subalterno. Irrision de la gloria humana de que fué víctima Colon, pero al ménos Américo no fué culpable. Puede imputarse ingratitude é injusticia á la posteridad, pero no hurto voluntario al afortunado piloto florentino.

XLII.

La envidia, que brota en el corazón del hombre el día mismo del triunfo, mordía ya el pecho de Alonso Pinzon, primer teniente del almirante. Mandando la *Pinta*, segunda nave de la escuadra y mucho más ligera que las otras dos, fingió extraviarse durante la noche, y desapareció á la vista de su jefe, habiendo resuelto aprovechar los descubrimientos de Colon para descubrir por sí mismo, sin peno y sin esfuerzos, otras tierras, y despues de darlas su nombre, ser el primero en regresar á Europa y usurpar las primicias de la gloria y de las

recompensas que eran debidas á su maestro y guía en navegacion. Dias hacia ya que Colon había observado la envidia é insubordinacion de su teniente; pero debíale mucho, porque sin él, sin sus esfuerzos y auxilios en Palos, nunca hubiese conseguido equipar las naves y enganchar tripulaciones; impidiéndole el agradecimiento castigar las primeras insubordinaciones del hombre de quien tanto había recibido. El carácter tolerante, modesto y magnánimo de Colon le separaba de todo rigor odioso. Amante de la justicia y de la virtud, esperaba siempre en la justicia y virtud de los demas, y esta bondad del almirante, que consideró debilidad Alonso Pinzon, le alentó á la ingratitude, lanzándose audazmente entre Colon y los nuevos descubrimientos que había decidido arrebatárle.

XLIII.

Gimió el almirante, entrevió el crimen, manifestó creer en el involuntario extravío de la *Pinta*, y poniendo el rumbo de las otras dos naves al Sudoeste, hácia una sombra inmensa que veía en el mar, arribó á la Española, llamada despues Santo Domingo. A no ser por las nubes que rodeaban las montañas de Santo Domingo, y que le hicieron virar de bordo, habría encontrado el continente. Deslumbrándole y atrayéndole de isla en isla el archipiélago americano, separábale á cada momento del fin á que tocaba sin verlo. Aquel fantasma del Asia que le llevó á los confines de América, se interponía ahora entre América y él, ocultando con una quimera la grande realidad.

XLIV.

Aquella tierra vírgen, riente, fecunda, inmensa, sumergida en trasparente atmósfera y bañada por un mar de perfumadas olas, le pareció la isla maravillosa destacada del continente de las Indias, isla que buscaba á traves de tanta distancia y de peligros tantos, bajo el quimérico nombre de isla de Cipangu; y la dió el nombre de Española para marcarla con el sello eterno de su patria adoptiva. Los indígenas, sencillos, dulces, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la playa, como para recibir aquellos séres de naturaleza superior que un prodigio celestial les mandaba desde los límites del horizonte ó desde el fondo del firmamento para que les adorasen y sirviesen como á dioses. Feliz y numerosa poblacion llenaba entonces las llanuras y valles de la Española. Tipos de fuerza y belleza eran los hombres y las mujeres, y la perpétua paz que reinaba entre los habitantes daba á sus rostros dulce y bondadosa expresion. Las leyes no eran otra cosa que los buenos instintos del corazon convertidos en tradiciones y costumbres, y creerse pudiera que era aquel un pueblo niño en el que los vicios no habian tenido tiempo de desarrollarse, bastando para gobernarle las inspiraciones de inocente naturaleza. Conocian de agricultura, horticultura y artes lo necesario para la administracion, habitacion y primeras necesidades de la vida. Sus campos estaban admirablemente cultivados; eran elegantes sus casas y estaban agrupadas en pueblitos en los linderos de bosques de frutales, en las inmediaciones de los rios ó en las orillas de los arroyos.

Sus vestidos, bajo aquel cielo templado que les preservaba de los rigores del frio y del calor, consistian únicamente en adornos para el embellecimiento, en paños de algodón, trenzas y cinturones que servian de velos al pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas, constituyendo toda la poblacion una familia agrandada por la serie de las generaciones, pero continuando agrupada alrededor de un jefe hereditario al que daban el nombre de cacique. Los caciques eran jefes, pero no tiranos de sus tribus, respetando estos reyezuelos cual si fuesen ley divina las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables y protectoras. Autoridad completamente paternal de una parte, respeto filial por otra, la sublevacion era allí desconocida.

Los indígenas de Cuba que habia llevado Colon para que le sirviesen de guías é intérpretes en aquellos mares y aquellas islas, comenzaban á comprender el idioma de los europeos, y entendian ó poco ménos el de los habitantes de la Española, rama destacada de la misma raza humana, sirviendo, por tanto, para establecer pronta y fácilmente relaciones de inteligencia entre Colon y el nuevo ouébio que visitaba.

XLV.

Los pretendidos indios llevaron sin desconfianza alguna á los españoles á sus casas, ofreciéndoles en ellas los dones del mar, del cielo, de la tierra y del clima; pan de cazabe, sabrosas raíces, aves domesticadas de rico plumaje y melodioso canto, pescados, flores, plátanos, limones, etc., tratándoles como huéspedes, como hermanos, casi como dioses.

«Tan pródiga es allí la naturaleza—dice Colon— que la propiedad no ha engendrado el sentimiento de la avaricia ó de la ambicion. Diríase que aquellos hombres viven en la edad de oro, felices y tranquilos en jardines abiertos y sin linderos, que no están rodeados de fosos, ni divididos por vallados, ni defendidos con tapias. Sin leyes, sin libros y sin jueces, obran recíprocamente con lealtad, considerando malvado á aquel que goza en hacer daño á otro. Este horror del bueno al malo parece ser toda la legislación.»

La religion no era tampoco otra cosa que el sentimiento de la propia inferioridad y de agradecimiento hácia el Sér invisible que les habia dado la vida y la felicidad.

¡Qué contraste entre el estado de aquellas dichas tribus en el momento en que las descubrieron los europeos para llevarles el genio del antiguo mundo, y aquel en que los desgraciados indios cayeron pocos años despues de esta visita de sus pretendidos civilizadores! ¡Misterio es de la Providencia que la inesperada visita de Colon al Nuevo-mundo, al que creia llevar virtud y vida, llevase tiranía y muerte!

XLVI.

Intentando el piloto de Colon penetrar sucesivamente en todas las abras y desembocaduras de rio de la isla, encalló miéntras dormia el almirante. Amenazada la nave de quedar sumergida bajo las mugiente olas, abandonáronla el piloto y parte de la tripulacion, que, so pretexto de llevar un ancla á tierra, huyeron á fuerza de remos para refugiarse

en la otra carabela, suponiendo que Colon moriria inevitablemente. La energia del almirante salvó ahora tambien, no el barco, pero sí á sus compañeros. Luchando entre los arrecifes hasta que saltó la última tabla, construyó una balsa, colocó en ella á sus marineros y arribó como náufrago á aquella misma costa que acababa de pisar como conquistador, reuniéndosele pocos momentos despues el único barco que le quedaba. Su naufragio y su desgracia no entibieron la amistad del cacique que le hospedó pocos dias antes. Este cacique, llamado Guacanagari, primer amigo, y muy pronto primera victima de aquellos extranjeros, lloró por el desastre de Colon, ofreciendo su casa, sus provisiones y toda clase de socorros á los españoles. Arrancados á las olas los despojos del naufragio y las riquezas de los españoles, quedaron extendidos en la playa, preservándolos como cosas santas de toda violacion, y hasta de toda importuna curiosidad. Aquellos hombres que no reconocian la propiedad entre ellos, manifestaban reconocerla y respetarla en sus desgraciados huéspedes. Colon describió con enternecimiento al Rey y á la Reina la natural generosidad de aquel pueblo.

«No existe en el universo—escribia—mejor nacion ni mejor país. Aman al prójimo como á sí mismos; usan siempre lenguaje dulce y agradable, y en los labios tienen constantemente tierna sonrisa. Desnudos van, verdad es, pero visteles su decencia y candor.»

Habiendo entablado Colon con el jóven cacique relaciones de hospitalidad íntima y confiada, recibió de él en regalo algunos adornos de oro. A la vista del metal, de tal modo expresó el rostro de los europeos pasion, avidez y ferocidad, que el ca-

cique y sus súbditos quedaron asombrados, alarmándose instintivamente cual si de repente hubiesen cambiado sus nuevos amigos de naturaleza y disposiciones hácia ellos.

Así era, en efecto; los compañeros de Colon sólo buscaban las fantásticas riquezas del Oriente, mientras el almirante quería descubrir una parte misteriosa del Universo. La vista del oro despertó su avaricia, y el rostro expresó la dureza y violencia de la pasión. Comprendiendo el cacique que aquel metal era la divinidad de los europeos, les explicó, señalándoles las montañas, que detras de aquellas cumbres habia una region de la que obtenian oro en abundancia. No dudó Colon de haber llegado al fin á los manantiales de las riquezas de Salomon, y, preparándolo todo para regresar rápidamente á Europa y anunciar su triunfo, construyó un fuerte en la aldea del cacique para que quedase en seguridad una parte de sus compañeros durante su ausencia. Entre los oficiales y marineros designó cuarenta hombres de los mejores, poniéndoles bajo el mando de Pedro de Arana, encargándoles recogiesen noticias sobre el país del oro, y que mantuviesen á los indios en el respeto y amistad de los españoles. En seguida partió de regreso á Europa, colmado de los dones del cacique y llevando todos los adornos y coronas de oro puro que habia podido procurarse durante la recalada, por regalo ó por cambios con los indígenas.

Costeando alrededor de la isla, encontró á su infiel compañero Alonso Pinzon, quien, so pretexto de haber perdido de vista al almirante, habia navegado siguiendo distinto rumbo. Oculto en una ensenada profunda de la isla, habia saltado en tierra, y, en vez de imitar la templanza y política de Colon, ha-

bia ensangrentado sus primeros pasos. Al encontrar el almirante á su teniente fingió contentarse con sus explicaciones y atribuir su desercion á la oscuridad de la noche, mandándole le siguiese con su nave á Europa.

Hiciéronse juntos al mar, impacientes por anunciar en España la noticia de su maravillosa navegacion; pero el Océano, que con tanta complacencia les habia llevado de ola en ola á las costas de América, merced á los vientos alisios, con olas y vientos contrarios parecia querer rechazarles obstinadamente ahora de las playas á que deseaban ansiosamente llegar. Gracias á sus conocimientos en navegacion y á sus notas de estima, cuyo secreto guardaba á los pilotos, Colon era el único que conocia el derroterra y apreciaba con exactitud las distancias. Creíanse sus compañeros á dos mil leguas de Europa cuando ya presentia él las Azores, viéndolas poco despues. Terribles huracanes, amontonamientos de nubes, relámpagos y rayos cual jamás habian visto encenderse en el cielo y apagarse en el mar, olas como montañas, torbellinos de espumas, hacian dar vueltas á los barcos insensibles á las velas y al timon, abriendo y cerrando sucesivamente su tumba y la de sus compañeros durante seis dias y seis noches á las puertas de la patria. Dejaron de ser visibles las señales que se hacian las doce naves en la oscuridad, y mutuamente se creyeron perdidas, flotando cada cual á merced de aquella eterna tempestad entre las Azores y las costas de España. Persuadido estaba el almirante de que la *Pinta* se habia sumergido con Pinzon en los abismos, y él mismo, teniendo las velas rasgadas y á merced de las olas el timon, no dirigia ya su carabela, esperando por instantes zozobrar bajo aquellas

montañas de agua con cuya espuma subía y bajaba. Había hecho el sacrificio de su vida, pero no podía hacer sin desesperación el de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traía al viejo mundo sepultado por muchos siglos con él tan cerca del puerto, era tan cruel irrisión del destino, que nián su piedad la soportaba. Sublevábase su alma contra ella: morir al poner la planta en las playas de Europa y después de depositar su secreto y su tesoro en la memoria de su país, era destino que aceptaba con alegría; pero dejar morir con él por decirlo así aquel segundo universo, y arrastrar á la tumba la palabra encontrada al fin de aquel enigma del globo, que los hombres, sus hermanos, buscarían tal vez en vano durante tantos siglos como les había estado oculto, era un millón de muertes en una. Solamente pedía á Dios, en los votos que hacía á todos los santuarios de España, que al menos llevase á la costa con sus restos las pruebas de su descubrimiento y regreso. Pero tempestades seguían á tempestades; la nave estaba llena de agua; miradas hostiles, irritados murmullos ó sombrío silencio por parte de sus compañeros le echaban en cara la obstinación con que les había seducido ó obligado á aquella fatal travesía, considerando la prolongada cólera de los elementos como venganza del Océano irritado porque un hombre demasiado audaz le hubiese arrancado su secreto; llegando á hablar de arrojarlo al mar para obtener, por medio de aquella «prema expiación, la calma de las olas.

XLVII.

Despreciando su cólera Colón y cuidadoso únicamente del porvenir de su descubrimiento, escribió en diferentes pergaminos reñatos sucios del éxito de su empresa, y, encerrando unos en cilindros de cera y otros en cajas de cedro, los arrojó al mar para que la casualidad les llevase flotando á las playas después de su muerte. Dícese que un documento de aquellos ha estado meciéndose en las olas por espacio de tres siglos y medio, ó bien en el fondo ó en las arenas del mar, hasta que, hace poco tiempo, un marinero de un buque europeo, estando embarcando lastre en la costa de Africa, frente á Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificada y la llevó á su capitán como vana curiosidad de la naturaleza. Partiendo el coco el capitán para ver si la almendra había resistido á la acción del tiempo, encontró, encerrado en la vacía corteza, un pergamino en el que estaban escritas en letras góticas las siguientes palabras que con gran trabajo descifró un erudito de Gibraltar:

«No podemos resistir un día más á la tempestad; nos encontramos entre España y las Islas descubiertas de Oriente. Plegue al cielo que si la carabela zozobra, recoja á alguien este documento. — CRISTÓBAL COLÓN.»

Durante trescientos cincuenta años guardó este mensaje el Océano, restituyéndolo á Europa, cuando América colonizada, floreciente y libre, rivalizaba con el viejo continente. Juego de la fortuna para demostrar á los hombres cuántos siglos pudo con-

tinuar ignorada, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon, su gran mensajero.

XLVIII.

A la mañana siguiente gritaron ¡Tierra! Era la isla portuguesa de Santa María, situada al extremo de las Azores. La envidiosa persecucion de los portugueses hizo que rechazasen á Colon, que entregado de nuevo á todas las ansiedades del hambre y de la tempestad durante largos dias, no entró hasta el 4 de Marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echó el ancla en costa europea, pero rival de las españolas.

Presentado Colon al rey de Portugal, le relató sus descubrimientos, pero sin revelar el camino, por temor de que aquel príncipe se anticipase á las flotas de doña Isabel. Los cortesanos de D. Juan II, rey de Portugal, le aconsejaron que mandase asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto, y juntamente los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras; pero esta cobardía indignó á D. Juan II, que honró mucho á Colon, quien mandó por tierra un correo á sus soberanos anunciándoles su triunfo y próximo regreso por mar á Palos. Al amanecer del 15 de Marzo desembarcó en este puertecillo, en medio de un pueblo ebrio de alegría y orgullo, que entraba en el mar para llevarle en triunfo á tierra, y al tocar en ésta, cayó en brazos de su protector y amigo el pobre prior del convento de la Rábida, el P. Juan Perez, único que creyó desde el principio en él y cuya fe recompensaba una mitad del globo. Descalzo y procesional-

mente marchó Colon á la iglesia del Convento para dar gracias al Señor por su salvación, por su gloria y por la conquista de España. Un pueblo entero le seguía bendiciéndole en la puerta de aquel humilde monasterio, en la que pocos años ántes pidiera, á pié y solo con su hijo, la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres, desde el origen del globo, trajo á su patria y á la posteridad conquista semejante, exceptuando los que difundieron en la tierra la revelacion de una idea: y la conquista de Colon no habia costado hasta aquel momento ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni siquiera una lágrima á la humanidad. Sus dias mejores fueron los que empleó en descansar arrullado por sus esperanzas y por su gloria en el convento de la Rábida, al lado de su amigo el prior, y disfrutando de las caricias de sus hijos.

XLIX.

Y como si el cielo hubiera querido colmar su felicidad y sacarle vencedor de la envidia que le perseguía, Alonso Pinzon, comandante de su segunda nave, entró con la *Pinta* al siguiente dia en el puerto de Palos, donde esperaba adelantarse á su jefe y arrebatarle las primicias del triunfo. Pero burlado en su culpable propósito, y temiendo el castigo de su desercion, que ya habia revelado el almirante, murió de despecho y envidia al llegar á tierra, viendo anclada en el puerto la nave de Colon. Siendo éste demasiado generoso para regocijarse, y mucho ménos para vengarse, la envidiosa Nemesiis de los grandes hombres venía á morir por sí misma á sus piés.

L.

Informados doña Isabel y D. Fernando del regreso de Colon y de su triunfo, por el mensajero que les mandó desde Lisboa, le esperaban en Barcelona preparándole ovaciones y magnificencias dignas de la magnitud de sus servicios. De todas las provincias acudió la nobleza española para formar su cortejo, y entró en la ciudad como triunfador y rey de reinos del porvenir. Los indios que había traído como prueba viviente de la existencia de otras razas humanas en las tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, pintado el cuerpo de diversos colores y adornados con collares de oro y de perlas; los animales y los pájaros, las piedras preciosas recogidas en las lejanas playas, iban expuestas en bandejas de oro que llevaban sobre la cabeza esclavos negros ó moros. Agrupábase ávida multitud á contemplar los oficiales y compañeros de gloria de Colon, corriendo entre ella fabulosos relatos. Colon, montado en un caballo del Rey, ricamente enjazzado, venía detras, escoltándole numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros. Todas las miradas se fijaban en aquel hombre, inspirado por Dios, que había sido el primero en levantar el velo del Océano; y en sus facciones buscaban los rasgos visibles de su misión que creían descubrir. La belleza y majestad de su rostro, el vigor de perpetua juventud, unido á la gravedad de la edad madura, el pensamiento bajo la acción, la fuerza bajo los cabellos blancos, el sentimiento íntimo de su importancia unido á la reverencia de Dios que lo

había elegido entre todos, la gratitud á sus soberanos, que le devolvían en honores lo que les traía en conquistas, daban en aquel momento á Colon, al decir de los espectadores de su entrada en Barcelona, el aspecto de aquellos profetas y héroes bíblicos á cuyas plantas arrojaba el pueblo las palmas del prodigio y de la adoración. «Nadie—dicen—se comparaba con él, reconociéndole todos como el más grande y favorecido de los hombres.» Doña Isabel y D. Fernando le recibieron sobre su trono resguardado del sol por dosel de oro; y delante de él se levantaron como ante un enviado del cielo. Hicieron lo sentar en seguida á su mismo nivel, y escucharon el solemne y detallado relato de sus viajes. Al terminar el relato, al que la elocuencia y poesía que habitualmente brotaban de los labios del almirante habían dado el colorido de su inagotable imaginación, y comunicado á los soberanos su santo entusiasmo; conmovidos éstos hasta derramar lágrimas, cayeron de rodillas entonando en piadosa exclamación el *Te Deum*, himno de la victoria más grande que concedió jamás el Todopoderoso á soberanos.

En el acto partieron correos para llevar á todas las cortes de Europa la gran nueva y triunfante nombre de Colon, y la oscuridad que hasta entónces había rodeado su vida, se trocó en ruido y esplendor de su nombre, que llenaban toda la tierra. No dejó Colon que aquellos honores tributados á su nombre desvaneciesen su alma, ni que humillase su modestia la envidia que comenzaba á elevarse alrededor de su gloria. Un día que había sido invitado á la mesa de los Reyes, un convidado, envidioso de los honores que se dispensaban al hijo de un cardador de lana, le preguntó capciosamente si creía que, de no haber nacido él, nadie habría descu-

bierto aquel otro hemisferio. Temiendo decir poco ó demasiado de sí mismo, Colon no contestó á la pregunta; pero cogiendo un huevo se dirigió á todos los convidados y les invitó á que le pusiesen derecho. Ninguno pudo conseguirlo: el almirante entonces aplastó un poco el huevo por un extremo, y colocándolo sobre el óvalo aplastado, manifestó á sus rivales que ningun mérito habia en una idea sencilla, pero que nadie, sin embargo, podia sospecharla hasta que el primer inventor la comunicaba á los demas, atribuyendo de esta manera al inspirador supremo el mérito de la empresa, pero reivindicando al mismo tiempo para él solo el honor de la primacia. Este apólogo fué desde entónces la respuesta de todo hombre elegido por la providencia para mostrar un camino á sus semejantes, y para marchar el primero por él, por cuyo hecho no debe considerarse mayor que sus hermanos, pero sí más favorecido por la inspiracion.

Honores, títulos, dotaciones futuras de tierras que iria á acabar de descubrir y conquistar fueron la recompensa de Colon, consignada en tratados formales con la corte. Por ellos obtenia el vireinato, administracion y cuarta parte de las riquezas ó productos de los mares, islas y continentes en que plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de las Españas. Fonseca, arcediano de Sevilla, quedó encargado, á título de Patriarca de las Indias, de los preparativos y armamentos de la nueva expedicion que iba á llevar el almirante á mayores conquistas. Pero desde aquel dia fué Fonseca oculto rival del gran navegante, y cual si desease rebajar el genio que tenia encargo de secundar, aparentando suministrar medios á Colon, le suscitaba obstáculos, reduciendo con su lentitud y pretextos á diez y siete naves la

escuadra destinada á llevar al almirante al otro lado del Atlántico.

El carácter aventurero de los españoles de aquella época, el espíritu de proselitismo religioso y el de caballería llevaron á aquellas naves considerable número de religiosos, de caballeros y aventureros, impulsados unos por el deseo de propagar la fe y otros por el de adquirir fama ó riquezas, siendo los primeros en lanzarse á aquellas comarcas que ensanchaba la imaginacion humana. Embarcáronse en las naves de transporte obreros de todos los oficios, agricultores de todas las zonas, animales domésticos de todas las razas, semillas, plantas, cepas de vid, árboles frutales, muestras de todas las artes y comercios europeos, para ensayar el clima, fecundar el suelo y tentar á los hombres de aquellas regiones, para arrancarles oro, perlas, perfumes y especias de la India, á cambio de objetos de poco valor en Europa. Era aquella cruzada de religion, de guerra, de industria, de gloria y de avidez: para unos el cielo, para otros la tierra y para todos lo desconocido y maravilloso.

El más ilustre entre todos los compañeros que se embarcaron con Colon, era Alonso de Ojeda, paje en otro tiempo de doña Isabel, el más bello, intrépido y aventurero de los caballeros de aquella corte. Su corazón estaba templado de tal suerte, que llevaba el valor hasta la demencia. Él fue quien, habiendo subido un dia doña Isabel á la altísima torre de Sevilla llamada Giralda, para admirar su asombrosa elevacion y contemplar desde arriba las calles y las casas de la ciudad que se extendian á guisa de hormiguero á sus piés, se lanzó á un delgado madero que sobresalia de la última cornisa, y comenzó á hacer piruetas sobre un pié en su extremo, ejecu-

tando prodigios de audacia y destreza sobre el abismo, para divertir á su soberana, sin que el vértigo de amenazadora muerte turbase sus ojos ni intimidase su corazón.

LI.

La flota salió de la bahía de Cádiz el día 23 de Setiembre de 1493, saludando su partida alegres gritos que parecían anunciar esplendente triunfo. Los dos hijos de Colon acompañaron á su padre hasta el buque almirante, donde les bendijo, dejándoles en España para que al ménos la mitad mejor de su vida quedase al abrigo de los peligros que iba á afrontar. Formaban la armada tres naves grandes y catorce carabelas, que cruzaron el Océano con tanta facilidad como las del primer viaje. El 2 de Noviembre descubrió la flota la Guadalupe, cruzó entre las islas Caribes, dando á aquel archipiélago nombres de soberanos piadosos; y tocando poco despues en la punta de la Española, llamada hoy Haití, hizo rumbo Colon hácia el golfo donde había construido el fuerte y dejado sus cuarenta compañeros. Con ansiedad y esperanza volvía á aquellas aguas, y habiendo cerrado la noche cuando echó el ancla en la rada, no queriendo esperar al día para asegurarse de la suerte de su colonia, mandó hacer salva de cañonazos para dar á conocer su regreso á los españoles. Pero el fuerte permaneció silencioso, repitiendo solamente el eco de aquellas soledades el saludo de Europa al Nuevo Mundo. Al amanecer del día siguiente vió desierta la playa, destruido el fuerte, medio enterrados los cañones entre los es-

combros, las osamentas de los españoles blanqueando en la arena y hasta la aldea del cacique abandonada. Los pocos indígenas que se veían á lo léjos en los linderos de los bosques, vacilaban en acercarse, cual si les contuviesen remordimientos ó el temor de la venganza. Mas confiado el cacique en su inocencia ó en la justicia de Colon, á quien respetaba y quería, se adelantó al fin, lloró por los crímenes de los españoles que habían abusado de la hospitalidad de sus súbditos para oprimirles, que les habían arrebatado sus hijas y esposas, reducido á los hombres á la esclavitud y excitado al fin la venganza de la triba. Despues de haber inmolado gran número de indios é incendiado sus cabañas, fueron á su vez inmolados. El fuerte incendiado que encerraba sus esqueletos era el primer monumento del contacto entre aquellas dos familias humanas, de las que una llevaba á la otra servidumbre y devastación. Colon deploró los crímenes de sus compañeros y las desgracias del cacique, resolviendo buscar otra playa de desembarque y establecimiento en las costas de la isla.

Entre las jóvenes indias cogidas en las islas vecinas y prisioneras á bordo, la más bella, á la que habían dado el nombre de Catalina, enamoró á un cacique que había visitado las naves de Colon. Entre el cacique y el objeto de su amor tramaron un complot de evasion, entendiéndose con lenguaje de signos que no comprendían los europeos; y la noche en que Colon desplegó las velas, Catalina y sus compañeras, burlando la vigilancia de sus tiranos, se arrojaron al agua, dirigiéndose á nado hácia la playa, donde el jóven cacique había encendido una hoguera para guiarlas, siendo vana la persecucion de las canoas europeas. Reunidos los dos amantes por

aquel prodigio de fuerza y audacia, se refugiaron en los bosques, poniéndose al abrigo de la cólera de los europeos.

LII.

Abordando de nuevo Colon á una playa virgen á corta distancia de la primera, fundó en ella la ciudad de Isabela, estableció relaciones de amistad con los indígenas, edificó, cultivó y gobernó la primera colonia de europeos, madre de tantas otras; envió destacamentos armados á reconocer las llanuras y montañas de la Española, acarició primero, atrajo en seguida y sujetó despues con sábias y benignas leyes las diferentes tribus de aquellas vastas comarcas; levantó fuertes, abrió caminos en muchos puntos de su imperio, buscó oro, ménos abundante de lo que esperaba en aquellas regiones que continuaba confundiendo con las Indias, y no encontró otra cosa que las inagotables riquezas de un suelo pródigo y de un pueblo fácil de gobernar. Mandó á España la mayor parte de sus buques para pedir á sus soberanos nuevas remesas de hombres, animales, herramientas, plantas y granos necesarios para la inmensidad de territorio que iba á conquistar á las costumbres, religion y artes españolas. Pero los primeros que se embarcaron en la flota fueron los ambiciosos, los descontentos, los envidiosos, con el fin de propalar contra él murmuraciones, calumnias y acusaciones; quedando el almirante solo, enfermo de gota, sufriendo crueles dolores, condenado á la inaccion del cuerpo, cuando su espíritu trabajaba incesantemente, y sitiado en su naciente colonia por

las rivalidades, sediciones, cábalas, vergonzosos excesos y la penuria de sus tripulaciones.

Colon triunfó solamente con su fuerza moral de las turbulencias de sus compatriotas y de las sublevaciones de sus tenientes, y magnánimo é indulgente como siempre, se limitó á relegar á los insubordinados á las naves ancladas en la rada. Restablecido de su larga enfermedad, recorrió la isla á la cabeza de un destacamento de hombres escogidos, buscando en vano las minas de oro de Salomon, pero estudiando la naturaleza y costumbres de la isla, y sembrando en todas partes á su paso respeto y cariño á su nombre.

LIII.

A su regreso encontró iguales desórdenes, iguales insubordinaciones y los mismos vicios. Los españoles abusaban de la supersticion de los indígenas hácia ellos y del terror que les inspiraban sus caballos, creyéndolos seres monstruosos que formaban uno solo con el jinete, que derribaban, herian y exterminaban á los enemigos de los europeos. Merced á este error, sojuzgaban, encadenaban, profanaban, violaban y martirizaban á aquella pacífica y obediente raza. Colon reprendió severamente la tiranía de sus compañeros sobre los indios, á los que queria atraer á la fe y artes de Europa, y no sujetarles al yugo, al vicio y á la muerte. Restablecido algún tanto el orden, embarcóse para reconocer la apénas entrevista isla de Cuba. Llegó á ella y por largo espacio siguió sus costas sin encontrar el extremo, por lo cual la creyó continente. Desde allí se dirigió á la Jamaica, otra isla de inmensa extension, cuyas

cumbres descubría el almirante entre las nubes. Atravesando enseguida un archipiélago, al que dió el nombre de *Jardines de la Reina*, á causa de la riqueza y perfumes de la vegetacion que ostentaban las islas, volvió á Cuba y consiguió establecer algunas relaciones con los indígenas. Con asombro y respeto asistieron los indios á las ceremonias del culto cristiano, que los españoles celebraron en una gruta á la sombra de las palmeras de la playa. Un anciano se acercó á Colon despues de la ceremonia, y le dijo con solemne acento:

«Bien hecho está lo que acabas de hacer, porque parece que ese es tu culto al Dios universal. Dicen que vienes á estas regiones con mucha fuerza y autoridad superior á toda resistencia. Si así es, oye lo que nuestros antepasados dijeron á nuestros padres que nos lo transmitieron á su vez. Cuando por voluntad de los séres divinos, las almas de los hombres se separan de los cuerpos, van unas á un país sin sol y sin árboles, y otras á regiones de claridad y delicias, segun han merecido aquí abajo, obrando bien ó mal con sus semejantes. Si, pues, tú has de morir como nosotros, cuida de no hacernos daño ni á aquellos que no te lo han hecho.»

Estas palabras del anciano, que refiere Las Casas, prueba que los indios tenían religion casi evangélica por la pureza de su moral, emanacion misteriosa, ó de una naturaleza primitiva cuya lucidez no habian empañado vicios y depravaciones, ó de una civilizacion vieja y gastada que habia dejado sus resplandores en las tradiciones.

LIV.

Despues de largas y penosas exploraciones, regresó Colon moribundo á la Española. Las fatigas y disgustos, unidas al peso de los años, que su espíritu no sentia pero que pesaban sobre su cuerpo, triunfaron momentáneamente de su genio. Postrado é insensible le llevaron sus marineros á la Española; pero la Providencia, que nunca le habia abandonado, veló sobre él durante la pérdida de sus facultades, y cuando recobró el conocimiento encontró á la cabecera de su lecho á su querido hermano Bartolomé.

Bartolomé Colon habia ido de España á la Española, cual si hubiese recibido inspiracion acerca de los peligros y necesidades en que iba á encontrarse su hermano. Bartolomé era la fuerza de la familia, así como Diego era la templanza y Cristóbal el genio. El vigor de su cuerpo corria parejas con el de su alma; su estatura era atlética, de hierro su temple, robusta su salud, imponente su apostura y el acento de su voz dominaba los vientos y las olas. Navegante desde la juventud, soldado y aventurero toda su vida, dotado por naturaleza y costumbre de la audacia que impone obediencia y del amor á la justicia que hace aceptar la disciplina, tan capaz de gobernar como de combatir, era el lugarteniente que más convenia á Colon, en las extremas circunstancias á que la anarquía habia traído á su imperio, y sobre todo esto, era un hermano que respetaba tanto como queria al genio y jefe de su casa. El espíritu de familia respondia á Colon de la fidelidad de su lugarteniente, y el amor fraternal que ambos

sentían era la mejor prenda de confianza en el uno y de obediencia en el otro. Colon le confió el mando y el gobierno durante los largos meses en que sus agotadas fuerzas le condenaban á la inaccion y al descanso, dándole el título de *Adelantado* ó intendente general y subgobernador de las tierras de su dominio. Administrador más severo que su hermano, Bartolomé impuso más respeto, pero también suscitó mayores resistencias.

La perfidia y temeridad del joven Ojeda produjeron guerras de desesperacion entre los indios y la colonia. Habiendo penetrado este aventurero intrépido con algunos jinetes en las partes más lejanas é independientes de la isla, persuadió á un cacique á que le acompañase á su regreso con crecido número de indios, para admirar la grandeza y riquezas de los europeos. Seducido el cacique, siguió á Ojeda, quien, después de algunas jornadas, durante una parada á orillas de un río, abusando de la sencillez del cacique, le hizo contemplar unas esposas de acero pulido, cuyo brillo le deslumbró. Dijo Ojeda que aquellos hierros eran brazaletes con que se adornaban los reyes de España para presentarse á sus súbditos en los días grandes; inspirando en seguida al inocente indio deseo de adornarse con ellas, de montar á caballo y presentarse á los de su tribu con aquel pretendido aparato de los soberanos del antiguo mundo. Pero en cuanto el desgraciado cacique montó á la grupa del astuto Ojeda, y tuvo puestas las esposas, objeto de su infantil vanidad, picaron espuelas los jinetes españoles, atravesaron la isla y le llevaron encadenado á la colonia, donde le mantuvieron con los hierros que inocentemente había deseado.

En vasta insurreccion se alzaron los indios por

•quella perfidia de los extranjeros que al principio consideraran como huéspedes, amigos, bienhechores y hasta dioses. La insurreccion ocasionó venganza por parte de los españoles, que redujeron á los indios á la esclavitud, y que mandaron á España cuatro naves cargadas de víctimas de su avidez para hacer con ellas infame comercio de rebaño humano. Compensando de esta manera con el precio de los esclavos el oro que esperaban recoger como polvo en aquellas comarcas, degeneró desde entonces la guerra en cacería de hombres, secundando á los españoles en aquella inhumana devastacion del país, perros llevados de Europa, á los que amaestraron para aquella caza, y que olfateaban, perseguian y cogian á los indios en los bosques.

LV.

Restablecido al fin Colon de su larga enfermedad, recogió las riendas del gobierno, vióse arrastrado á aquellas guerras encendidas durante su interregno, y después de ser navegante, fué guerrero y pacificador; obtuvo victorias decisivas sobre los indios, sujetóles al yugo que dulcificaba su bondad y su política, y solamente les impuso ligero tributo en oro y frutos de su comarca, más como señal de alianza que de servidumbre. Bajo su mando floreció nuevamente la isla; pero el desgraciado y sencillo cacique Guanacanari, que fué el primero en recibir aquellos huéspedes en su territorio, avergonzado y desesperado por haber sido involuntario cómplice de la esclavitud de su patria, huyó para siempre á